

SOCIALISMO COMUNIDAD E INTEGRACIÓN

Entrevista a Álvaro García Linera



Vicepresidente de Bolivia

Entrevista a Álvaro García Linera: Socialismo, comunidad e integración

Parte I.

Nos encontramos un sábado a eso de las 8 de la mañana en su oficina de la Vicepresidencia. Apareció de pronto por una puerta, sonriente, ágil, “¿Cómo estás, hermano?” me dio un apretón de manos y nos invitó a pasar a la oficina. “Les hemos preparado un desayuno”, dijo señalando la mesita con frutas mientras me insistía que tomara un matecito de coca para el sorojchi. De inmediato quiso saber dónde pondría el trípode con la cámara, “depende del lugar donde usted quiera sentarse” respondí, y mientras me señalaba un sillón se puso rápidamente a correr él mismo un sofá y una mesa de centro para hacer espacio. Yo contemplaba algo atónito al vicepresidente moviendo muebles con amabilidad y diligencia sin el menor atisbo de afectación. Se preocupó de la silla en que me sentaría, de la luz, de que tuviera todas las condiciones para la grabación.

Por Rodrigo Ruiz | 19/01/2015

Nota: Esta es la primera de tres partes en que se publicará la extensa entrevista realizada en La Paz, Bolivia en noviembre pasado.



Álvaro García Linera, nacido en Cochabamba, ha sido vicepresidente de Bolivia desde que asumió el presidente Evo Morales en 2006. Cuando concluyó sus estudios de enseñanza media se trasladó a México. Allí estudió Matemáticas en la UNAM, aprovechando de asistir a cuanto seminario de marxismo y ciencias sociales pudo. De vuelta en Bolivia a principios de la década de los 90 fundó junto a otros compañeros el Ejército Guerrillero Túpac Katari. En 1992 fue apresado por las fuerzas de seguridad bajo una acusación nunca demostrada de terrorismo y estuvo preso por 5 años. En la cárcel estudió sociología y reemprendió sus lecturas de Marx, que terminaron por materializarse en el libro *Forma valor y forma comunidad*, uno de sus textos más complejos. A partir de entonces se convirtió en quizás el más lúcido y prolífico de los intelectuales militantes en Bolivia y América Latina, no exento por cierto de polémicas. “Tenía tanto que decir y había estado tanto tiempo sin poder comunicarme”, me dijo, que decidió ir a cuanto debate, a cuanto medio de comunicación, seminario o conversatorio lo invitaron. Así su trabajo político tomó forma y se esparció, hasta culminar con la labor que hasta hoy desempeña en el gobierno del Estado Plurinacional de Bolivia.

SOCIALISMO

Usted mencionó en la presentación del último libro de Marta Harnecker aquí en La Paz que está avanzando en algo que quiere publicar más adelante, centrado en el problema del socialismo. Reconocemos en América Latina, nombrado de distintas formas, una serie de intentos por repensar el socialismo después de lo que fue la experiencia del siglo XX. En La potencia plebeya además, usted considera el proceso de la URSS como una generalización de la lógica del capital. ¿Dónde pondría los ejes en los que debería descansar la discusión sobre el socialismo en las condiciones actuales?



Voy respondiendo, voy reflexionando y voy comentándote –dice pensativo y se detiene algunos minutos en silencio.

Lo primero es la necesidad de reivindicar el socialismo como idea movilizadora, como proyecto esperanzador, como horizonte; porque si no, sigues moviéndote en la narrativa del fin de la historia, de lo que existe: capitalismo y neoliberalismo, con sus problemas, sus dificultades y sus tropiezos.

El socialismo es un hecho político, luego es un hecho intelectual, es un hecho espiritual, es un hecho cultural. Necesitamos reivindicar lo que llaman más poéticamente “otro mundo es posible”. Hay que reivindicar con fuerza que ese otro mundo posible tiene nombre y apellido, que está fundado en lo común, lo de todos, lo social. Hay que reivindicar que hay un futuro distinto, que hay un futuro posible, que es posible otro mundo, que es posible la expansión de lo común frente a la expansión de lo privado. Hay que reivindicar este otro mundo posible con nombre y con apellido: el socialismo, que es un horizonte, una esperanza y un hecho movilizador. Si no, no hay política. La política en el fondo también es eso. La política es la lucha por el sentido común

dominante en una sociedad, pero la política revolucionaria es la lucha por un sentido común dominante que moviliza las energías humanas entorno a otra sociedad. Ese es para mí el primer eje.

Si no hay esperanza, no hay lucha. Uno no lucha porque sufre, hay mucha gente que sufre mucho y traga y digiere su sufrimiento cada día. Más lucha no es directamente proporcional a mayor sufrimiento. Incluso se puede tener un terrible sufrimiento y aún así movilizarse en contra de los suyos, para una regresión histórica. Entonces, la revolución es la lucha por un otro mundo posible y uno tiene que intentar visualizar ese norte. Porque hay esperanza es que lucho y me movilizo, porque hay una grieta posible es que me organizo, me sacrifico, me esfuerzo, e incluso soy capaz de entregar la vida. Pero si no veo la grieta que puede ser ampliada y el horizonte posible a ser construido, ganado y alcanzado, no me organizo, no me sacrifico, no lucho con sistematicidad, con denuedo, no me arriesgo.

Nosotros los comunistas, los socialistas, los que estamos en contra de lo existente, necesitamos acercar una bandera. Una bandera en torno a la cual movilizar todas las esperanzas, todas las fuerzas, todas las energías. Una bandera creíble, una bandera esperanzadora, que nos haga ver que hay un norte allá. Ese papel cumple hoy la reivindicación del socialismo.

Es una idea, es una esperanza, es una expectativa y es también una materialidad, cumple el papel de materialidad movilizadora de la sociedad, de los excluidos, de los marginados, de los que nos sentimos inconformes y que podemos decir hacia allá hay una sociedad en la que nos sentiremos mejor, viviremos mejor, estaremos más tranquilos, estaremos más satisfechos.

En relación a este segundo elemento, ¿cuál es la materialidad social de ese horizonte, la materialidad social de esa bandera movilizadora, de esa esperanza? En otras palabras, ¿cuál es el socialismo posible? Y entonces ahí entra este debate que planteábamos con Marta (Harnecker) y está en ese pequeño discurso. ¿Es el socialismo un recetario de cosas por venir? Ese es un debate ahorita entre los marxistas, los vinculados a la academia, los que hablan desde las universidades en una Europa y Estados Unidos anquilosados, que reivindican el socialismo y el comunismo como una idea. El socialismo como una idea, el comunismo como una idea, la idea del comunismo.

Es importante la idea, no la he desechado. Sí, en tanto horizonte movilizador de esperanzas es una idea, pero es más que una idea. Pero la idea es un tema que se resuelve en la siguiente conferencia donde se reunirán los marxistas para decir que el comunismo es un tema de academia. Es la diferencia con ellos. La idea para ellos es el escenario de sus reflexiones, sus debates, sus discursos y sus conferencias. Y el comunismo es el pretexto para ello.

Para mí es una idea, pero es una idea de esperanza, es una idea que te jala el espíritu. La gente se mueve por ideas, lo más sublime de las personas se moviliza por sus ideas. Otra vez: uno no pelea porque sufre, uno pelea porque sufre y cree que puede dejar de sufrir. Y entonces se organiza y pelea y persevera y marcha y se reúne y hace lo que puede por una idea. Pero es una idea que también tiene una base material.

Entonces esa es la diferencia de la idea de socialismo que yo reivindico frente a cómo la están manejando los marxistas de cátedra, que está bien que los haya. A esta idea del socialismo hay que incorporar la materialidad del socialismo y ahí soy marxista. La definición que da Marx en *La Ideología Alemana* es un movimiento real, que se desenvuelve ante nuestros ojos y supera el orden de cosas existentes¹, es decir, está

1 En *La Potencia Plebeya*, García Linera afirma: “En la medida en que el capital es una realidad social y material que enajena el trabajo, y el comunismo no es otra cosa que el “movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual”, la superación de esa realidad no puede ser más que un hecho igualmente social y material que involucra a las clases trabajadoras en su conjunto, a su actividad práctica colectiva.”(pág. 121) La frase entre comillas corresponde, según la referencia al pie, a *La Ideología Alemana* de Marx y Engels.

aquí, lo vemos, lo tocamos, está frente a nuestros ojos y busca superar lo existente dentro de lo existente, con lo existente. Es decir, es un movimiento contra capitalista que se da en el capitalismo. No es solamente una idea, es también práctica, es materia organizativa, es hecho social.

Eso necesitamos reivindicar, el socialismo como idea movilizadora, como el nombre de la gran esperanza y también como la lucha actual, como el cúmulo de luchas grandes, pequeñas, dispersas, generalizadas, que se desenvuelven hoy frente a nuestros ojos y que apuntan a superar el orden de cosas existentes. Es decir, es la emergencia de lo comunitario hoy, ¡hoy!, ¡hoy!, en pleno capitalismo. Este es el segundo elemento, la materialidad social del horizonte, eso es lo que propongo reivindicar porque si no te quedas en un ámbito estrictamente académico.

¿Ese eje de las prácticas sería entonces el eje principal?

Los dos. Porque sin idea no te animas a movilizarte, pero a la vez, sin materia social tu búsqueda del horizonte se resuelve en una conferencia, en un seminario. Y no, esto se resuelve en la lucha, en la movilización, en tus publicaciones, en tus reuniones, en tu actividad económica, se va resolviendo como un movimiento que avanza y que retrocede, que lo aplastan y luego vuelve a renacer.

Entonces ya tienes dos elementos principales, la idea movilizadora y la materia real de luchas actuales que buscan superar el orden existente. Eso es lo que he intentado hallar en Lenin, en cierta medida en Lenin, en Marta también, en sus reflexiones.

Entonces el socialismo no es un modo de producción. Decían “estaticemos todo los medios de producción y ya entramos en una nueva economía”, ¡no! El socialismo es un periodo de transición de luchas que te separa de la gran comunidad universal, que sería el comunismo.

Pero me vas a decir “Álvaro, eso está pasando a diario, actualmente hay luchas en el capitalismo, contra el capitalismo ¿y eso ya es socialismo?” No, la diferencia para hablar de socialismo es que hay un poder político. El poder político de los sectores excluidos, de los trabajadores, que es capaz de orientar, potenciar estas luchas que se desenvuelven ante nuestros ojos, en la búsqueda de su expansión, de su irradiación, de su generalización. Luchas hay en toda sociedad capitalista, pero luchas apoyadas por un poder político revolucionario, por un poder político de los trabajadores, ampliamente democrático, que refuerza esas luchas comunitarias, que busca ampliarlas, que busca generalizarlas, ese sería el socialismo. Ahí está más o menos mi esquema de interpretación del socialismo: es un norte movilizador, son luchas actuales, pero es el apoyo, la existencia de un poder político, de una estructura estatal o semiestatal, que se mueve en la dualidad de democratización de decisiones y concentración de decisiones –eso es un semiestado, porque todo estado por definición monopoliza decisiones y todo movimiento social por definición democratiza decisiones, y un semiestado es la coexistencia altamente productiva de las dos tensiones en una. Entonces el socialismo, con sus tres ejes, lo definiría como un periodo de transición entre el capitalismo, como modo de producción, como sistema tecnológico, como civilización; y el comunismo, como un otro modo de producción inexistente hoy.

El socialismo es el tránsito. Es un tránsito en que se dan las luchas de un capitalismo predominante y de una emergencia intersticial de luchas comunitarias, de esfuerzos comunistas que tienen el apoyo del poder del Estado revolucionario para irradiarse, para expandirse, para volver a comenzar. Entonces, es un escenario de guerra total, de guerra social total. No militar, no necesariamente con armas, sino de ideas, con experiencias y organizaciones.

Entonces, si eso es el socialismo, no es un modo de producción. El socialismo es un conjunto de luchas sociales que avanzan, que retroceden, que se expanden, que se irradian, que nacen, que se mueren, que las

aplantan, que vuelven a renacer apoyadas permanentemente por iniciativas del Estado que no las sustituyen, sino que buscan que se expandan, que se irradian.

Eso me permite a la vez entender que hay gente –quizás eso fue lo que pasó en la URSS– que dice, ya, está bien, pero ¿hasta cuándo? Y se cansaron. Porque en el socialismo tú estás depositando en la propia sociedad la iniciativa para que se auto organice y el Estado te ayuda, te facilita los medios, te permite irradiar de mejor manera, porque no te sustituye. La iniciativa está en la sociedad, para asociarse, para la cultura, para la definición de políticas, para la producción, esa sociedad es lo comunitario emergiendo desde lo social. Pero hay momentos en que desde el Estado dicen “está tardando mucho, es muy difícil, no entienden, no están preparados”, entonces los sustituyen y estatizan todo. ¡En ese momento perdiste! Porque ya la iniciativa ya no está en la sociedad, si no en una vanguardia esclarecida, bien intencionada, que busca acelerar los procesos, pero lo perdiste porque ya lo asumiste todo, volviste al estado hegeliano, aunque ya no es una élite de funcionarios públicos interiorizados con el bien universal, si no una élite de revolucionarios que por el bien de la humanidad ha decidido acelerar las cosas y ha sustituido a los que tienen que hacer las cosas. En ese momento que asfixiaste todo ya no estás en el socialismo, estás en el capitalismo de Estado, y la frontera es muy difusa, muy difusa. Esto es lo que le contaba yo a Marta (Harnecker) ese día, lo que he venido reflexionando porque he vuelto a leer las Obras Completas en lo que respecta a esos periodos...

Parte II.

Por Rodrigo Ruiz | 20/01/2015

COMUNIDAD

Usted ha dicho que los agentes principales de las transformaciones son las comunidades, no el Estado. En su libro Democracia, Estado, Nación, habla de la comunitarización de la política, que opone a la noción liberal de democracia. El tema de la comunidad deambula entonces por un conjunto de ámbitos de su reflexión. ¿Cómo piensa usted la comunidad? ¿Está inicialmente definida como una comunidad campesina, indígena, tradicional, referida al ayllu? ¿Es posible pensarla en el marco de procesos de urbanización?

Retomo las definiciones que hace Marx del comunismo como una comunidad universal. Cuando era más joven le llamaba “gran hermandad”, ya mayor le llamó “comunidad universal”.

Marx está leyendo las comunidades tradicionales que son locales, fragmentadas y está permanentemente contraponiendo esa experiencia de lo comunitario-local, de lo comunitario territorialmente focalizado, con la idea del comunismo como la universalización de lo comunitario. Y por eso construye esa fórmula tan elocuente, hasta mística, que el comunismo es un regreso a la vieja comunidad en condiciones superiores. Estoy pensando en esa manera en que Marx intentaba redondear su concepto de comunismo asociándolo a la comunidad, que está entendiendo como asociación libre, como una aglomeración decidida por los propios productores para gestionar el producto de su trabajo.

Cuando uno lo ve así, está claro que es justamente lo opuesto del Estado. El Estado también es un tipo de comunidad, decía Marx, pero es una comunidad ilusoria. El Estado te agrupa en torno a un universal, es decir, en torno a la idea de algo común. Pero es ilusorio, porque ese común en torno al cual el Estado te está agrupando, no es un común real, es el interés de unos, monopolizado por unos, que se expande bajo la ilusión del interés de todos. En ese hecho de lo privado devenido en común, de lo particular devenido en universal, radica el secreto del Estado. Pero es una ilusión real, es una ilusión bien fundada, es una ilusión material, y por eso decía que la mejor forma de entender el Estado es el capítulo uno de El Capital, sobre las

formas de valor, donde construye ese concepto hasta llegar al dinero, y establecer cómo un billete deviene en representante de la riqueza de todos, cómo una cosa particular deviene recreación y representación del trabajo de todos.

Entonces ciertamente la comunidad no es igual al Estado. El Estado puede asociar, pero no puede crear comunidad. ¿Por qué no puede crear comunidad? Porque el Estado centraliza decisiones y la comunidad es la disolución de la centralización de las decisiones, es la democratización de las decisiones.

¿La comunidad se construye a sí misma entonces?

Sí. El Estado no puede construir comunidad, no puede sustituir a la comunidad y lo vemos hoy a través de tantos ejemplos prácticos. Un Estado liberal, un Estado colonial, lo que hace es cortarla, anularla, martirizarla, retorcerla, diseccionarle todo su trabajo y luego simplemente botarla como socialidad inerte en descomposición. Pero el Estado puede también ayudar a la expansión de la comunidad y eso puede ser lo que diferencia al socialismo.

Los compañeros de un sindicato que se movilizan, que toman decisiones en comunidad, deciden marchar y gastan de su plata, de sus recursos uno, dos, cinco días para movilizarse, para marchar y para bloquear, han hecho un desgaste en sus recursos y ha sido voluntariamente, asociadamente. Allí hay comunidad en la política, es la política en comunidad.

Pero los compañeros dicen, “bueno compañero presidente Evo, nosotros aquí somos productores de leche, aquí mi hermano produce leche, este otro produce leche, aquél produce leche, y sabe presidente Evo, toda la leche que producimos la vendemos a la empresa Pil, extranjera. ¿Por qué no hacemos nuestra propia fábrica de leche? La producimos, la procesamos, la convertimos en leche pasteurizada, la convertimos en yogurt y le damos a nuestros hijos”. ¡Excelente! Esa es la búsqueda de convertir la comunidad política movilizadora en comunidad productiva. Viene el presidente Evo y dice: “Perfecto, consigamos una fábrica de leche”. Vale un millón de dólares, dos millones de dólares, es una pequeña fábrica. Vamos y levantamos la fábrica de leche. Fue decisión de ellos, no fue idea de un asesor. Entonces el presidente Evo les construye la fábrica: “Compañeros, acá está la fábrica de leche.”

¡Perfecto! Nos vamos. ¿Qué más necesitan? ¿Asesoramiento técnico? No –responden–, tenemos aquí unos pocos, nos vamos a asociar, vamos decidir en la misma asamblea quién va a asumir el mando de la fábrica, rotativamente; tenemos dos técnicos, los vamos a contratar nosotros, ya tenemos a nuestros hijos que han estudiado en la universidad y vamos a fijar nosotros el precio de la leche según la cantidad de producto que tengamos y que nos pueda comprar la alcaldía. Perfecto, nos vamos, “buenas tardes”. Los compañeros hacen su fábrica de leche, se reúnen, eligen el directorio, y el directorio comienza a dirigir la fábrica.

¿Usted me está contando algo que pasó efectivamente?

Que pasa cada día.

Entonces ha transcurrido un mes y los compañeros se pelean, la plata de la primera venta de la leche, que tenía que servir para reponer las maquinarias y pagar a los agricultores, la usan en algún otro tipo de actividad, no compran herramientas, critican por corrupción al elegido por los mismos compañeros y al final, regresamos a los seis meses y la fábrica está paralizada, con una deuda de un millón de bolivianos y con protestas de los trabajadores. Entonces dice la comunidad, “compañero Evo, la entregamos la fábrica al Estado, produzcanla ustedes, nosotros no hemos podido avanzar”. Nos ha pasado con fabriquititas de leche, nos ha pasado con fábricas en el Chapare, de palmitos, de cítricos.

Mientras la familia campesina tiene comunidad de tierra pero tiene producción familiar, no es comunitaria. Cada familia produce y usufructúa ese producto. La tierra es de todos, pero la producción es segmentada por familia. El sistema de riego lo hacen entre todos, lo construyen, lo regulan para que haya agua para todos, pero la producción la gestiona cada familia y decide sobre su producto, si lo vende, si lo guarda, en fin. Entonces hay un límite entre una comunidad política y de infraestructura y una comunidad de producción.

En este caso lo que hicimos fue recuperar la fábrica que era de ellos, comenzar a gestionarla y que los mismos compañeros fueran aprendiendo la técnica de la gestión de la fabriquita de leche o de palmito, en la perspectiva de, cuando ellos lo decidan, en seis meses, en un año, en dos o tres, pasarla a gestión de la propia comunidad.

Es un salto a una forma de producción comunitaria en pequeña escala cuyo retroceso la pasa otra vez al Estado, pero la esperanza es que en la experiencia práctica la comunidad se apropie de la gestión técnica de la producción. ¡Eso sería socialismo! Pero mientras tanto es el Estado y no es aun socialismo. El Estado viene y dice: “ya mis compañeros, la vamos a gestionar”, contratamos 4 técnicos, hacemos el sistema de conteo y de los réditos, la fábrica está produciendo leche para la comunidad, vendemos y hay ganancia, pero la está gestionando el Estado, y el Estado es centralización. Y mis compañeros del campo siguen comportándose frente a la fábrica como productores. La fábrica no es de ellos, no es de un patrón ni de la Pil, no, es del Estado, pero igual la relación de productor está dissociada del procesador.

Los técnicos son de la misma comunidad, pero no es la comunidad la que decide los precios, no es la comunidad la que decide la gestión, no es la comunidad la que decide la reinversión. Es un equipo técnico, eficiente, pero centralizado, distinto a la comunidad.



Eso no es socialismo. El socialismo implica que la comunidad se apropie. Esta vez no pudo, intentó, retrocedió y la perspectiva es que de aquí a 6 meses se vuelva a apropiar, que aprenda. Pero la gestión será otra, tendrá que someterse a la reapropiación de la comunidad, de la asamblea, con sus problemas. Y la asamblea tendrá que readecuarse para asumir una nueva tarea que antes no había tenido. Durante mil años gestionaron el sistema comunitario para producir individualmente, ahora tienen que asumir la tarea de gestionar comunitariamente un producto. Esa experiencia es complicada y el Estado revolucionario ayuda, pero no sustituye.

Lo mismo nos pasó con Huanuni, en una escala más grande. Huanuni es una empresa minera. 5 mil obreros. La hemos estatizado.

Como hay una gran capacidad política y asociativa, los compañeros se fueron apropiando rápidamente de la gestión. Los compañeros de la asamblea, porque

se reúnen en asamblea, comenzaron a elegir a los técnicos intermedios, luego al gerente, de tal manera que hoy el gerente es un designado por la asamblea minera y el sindicato define inversiones, define compras, define salarios, define todo. Una prueba de autogestión obrera. ¡Excelente! De hecho yo diría que es la más avanzada en Bolivia y en América Latina. Son los obreros los que definen todo, desde la producción, el día de trabajo, el salario, los bonos, las inversiones, el volumen de producción, todo.

Pero hay un límite. Es una experiencia avanzada de obreros asumiendo la gestión técnica del proceso de producción, pero resulta que en ese control que asumieron los compañeros también tienen que decidir el uso de las ganancias. ¿Y qué dijeron? “Hemos ganado cantidades de dinero. Esta parte la entregaremos para reinvertir y garantizar que la mina funcione”. Buena decisión. “Con esta otra parte nos aumentaremos el salario”. Entonces hay compañeros en la mina que ganan más que el presidente. El presidente gana 19 mil bolivianos, unos 2 mil 500 dólares, y hay compañeros de los mineros, hartos compañeros, que ganan 20 mil, 25 mil, 30 mil, 40 mil bolivianos, es decir 3 mil, 4 mil, 5 mil dólares. ¡Un montón de dinero! ¡Qué lindo que ganen tanto, de eso se trata! Pero, ¿y la sociedad? ¿Qué quedó para la sociedad?

¿Y la propiedad? ¿Quién posee la propiedad de la mina?

La propiedad es del Estado. Pero la apropiación y gestión real es de los mineros. Entonces tienes que un bien común de todos está siendo gestionado por un colectivo que luego deviene en una acción privada, donde los beneficiarios son ellos.

Has avanzado en una forma local de socialización de la gestión técnica de la producción, pero visto en conjunto has reproducido una forma de apropiación privada de la producción. Los minerales son de todo el pueblo boliviano. Puedes asignarle un uso temporal a un privado, pero aquí Huanuni como sindicato de 5 mil obreros está actuando, respecto a la sociedad, de la misma manera que un privado. Ya no es un empresario, son los obreros, pero el producto del trabajo queda para ellos, cuando debería ser para todos.

¿Qué puede hacer el Estado? Decimos, compañeros está muy bien que hayan asumido la gestión de la producción, pero cómo hacemos para que la gestión de la producción mejore su condición de vida, después que por centenares de años el minero se moría con silicosis en la mina y sus hijos heredaban la enfermedad de los padres, pero que también el producto beneficie a todos. Es decir, de los ingresos de la producción, una parte para reinversión, otra parte para salarios y otra parte para todo Bolivia. Entonces, interviene el Estado otra vez, no asfixia la iniciativa, lo que hace es buscar que se potencie, que se amplíe, que incorpore lo universal. O sea, el Estado podría hacerlo, decir simplemente, compañeros, regresamos al viejo régimen, asumimos el control de Huanuni, todas las ganancias para bonos, rentas para todos los bolivianos, que disfruten también de la minería y ustedes regresan otra vez a la posición de obreros. Eso lo haría un Estado progresista, pero no un Estado socialista. Lo que puede hacer un Estado socialista es potenciar esa experiencia que nace de la sociedad y orientar, no sustituir.

¿La idea entonces es que en algún momento la comunidad, por sí misma, sea capaz de resolver los términos de su universalización?

En vez del Estado.

¿En vez del Estado? Ese es un desafío muy grande para comunidades que construyen su reproducción social y su conciencia del mundo en lo comunitario. Allí hay un tránsito que no es nada sencillo. Ahora, si este desarrollo es tan importante para los procesos de cambio en Bolivia, y a la luz de los ejemplos que usted pone, ¿cómo evalúa, con el tiempo que lleva ya el gobierno del presidente Morales, el proceso de construcción de lo comunitario?

Retomo tu pregunta con la anterior. Hay lunares comunitarios, no solamente rurales. Hay núcleos de lo comunitario, tierras comunitarias de origen, usos de los sistemas de riego comunitarios, tierras de pastoreo comunitarios, hay núcleos, micro núcleos, microcosmos comunitarios, también en la ciudad. Está el ejemplo de la fábrica de Huanuni o de Colquiri, o fábricas obreras, fábricas que han cerrado los empresarios porque ya no son rentables y que los compañeros dicen “nosotros las vamos a gestionar”. Hay una experiencia de búsqueda de control comunitario en la producción, comunitario en lo político, las asambleas barriales, las asambleas designadas. Tú tienes lo comunitario en lo político muy extendido en Bolivia. Tienes lo comunitario en la producción en pequeños grupos. En la propiedad y en la gestión de riego, pero no en la producción directa. Tienes ejemplos de comunitario, de búsqueda de lo comunitario en la producción urbana. Entonces hay una irradiación de lo comunitario-urbano y lo comunitario-rural más en lo político y muy difícilmente, pero con ejemplos, en lo económico.

Hay socialismo si estas experiencias urbanas y rurales se irradian, se expanden, no solamente en lo político, sino fundamentalmente en lo económico. Es una lucha. Mis compañeros de Huanuni han asumido el control de la producción de una mina que nunca estuvo bajo nuestro control, pero otra vez pesa la mirada privatizada del uso del excedente. Y si eso sucede, renace en la experiencia avanzada de los obreros la fuerza del capital, de la apropiación privada, y no del usufructo común. Entonces ahí aparece el Estado, lamentablemente. Cuando sucede eso, nuevamente los trabajadores están renunciando a lo universal por su experiencia y están dando lugar a que el Estado otra vez tenga que intervenir para decir, momento compañeros, también hay que compartir con los demás.

Muy bien por el Estado revolucionario, está haciendo su labor, pero eso no es socialismo. Porque lo ideal es que sea la comunidad la que asuma lo universal. Y en la medida en que la comunidad lo hace, el Estado se va diluyendo, porque no es necesario. Tardaremos mil años en eso, el socialismo es esa transición en que lo comunitario se expande a la producción y lo universal se convierte en un hábito cotidiano de los propios productores directos y quienes lo monopolizamos provisionalmente, vamos perdiendo facultades que son reapropiadas por la sociedad. Hay socialismo en tanto el Estado revolucionario, que está monopolizando temporalmente lo universal, busca renunciar a ese monopolio.

¿Y cómo se renuncia a ese monopolio? No es diciendo como los anarquistas, bueno, queda abolido el Estado, porque eso sería “qué bien, entra el Banco Mundial y los neoliberales”, no. El Estado revolucionario es un Estado que busca disolverse como tal. Pero ¿cómo? En la medida en que lo comunitario y lo universal se expanda en lo local y en las comunidades productivas urbanas y rurales. Un Estado revolucionario es un Estado que tiene conciencia de esto.

¿Un Estado que construye su propia crisis, se podría decir?

Que construye su propia disolución y en eso está su victoria.

Me has permitido entonces cerrar la primera pregunta. Me decías, ¿cuáles son los ejes para pensar hoy en el socialismo? Te decía el eje de la idea como fuerza movilizadora, el eje de la materia social como acción en movimiento, la práctica que supera el orden de las cosas existentes, el papel del Estado revolucionario que construye planificadamente su disolución, como la única manera para garantizar su victoria.

Es una paradoja, pues. Un Estado revolucionario solo puede triunfar si se disuelve. Su continuidad no es su virtud. Pensado a lo largo de décadas, y este es el cuarto elemento, su victoria viene acompañada de una irradiación proletaria. No es posible construir socialismo en un solo país. Es una ficción. Lo que el presidente Chávez imaginaba de la Quinta Internacional es esto. Yo no voy a poder triunfar como sociedad venezolana o sociedad boliviana si no estoy triunfando a nivel mundial, a nivel planetario. Yo puedo dar un primer paso o dos, pero no puedo dar diez ni cien si el resto del mundo no hace lo suyo.

Entonces ahí ya los nombré todos, con eso hay que repensar el socialismo hoy, como idea movilizadora, como materia actual de acción transformadora, como sentado en lo comunitario que se está irradiando, con el papel del Estado que va acompañando y auto disolviéndose a medida que se potencia lo comunitario con la expansión de lo universal. Esos son los ejes que yo recomendaría para pensar hoy el socialismo.

Parte III.

Por Rodrigo Ruiz | 21/01/2015



DESAFÍOS DEL MOMENTO ACTUAL

En su artículo “El nuevo campo político en Bolivia” usted expone que el triunfo presidencial del MAS reorganiza toda la disputa política. En marzo próximo se realizarán elecciones de departamento y alcaldías. Si han arribado a ese nivel hegemónico ¿cuáles son los nuevos desafíos que enfrenta el proceso de cambios? ¿Cómo se expresa ello en mejores condiciones de avance de lo comunitario?

La primera pelea, la más importante de un proyecto revolucionario, se juega en el campo de las ideas. Se juega en el campo de los principios de adhesión lógica y moral de la sociedad a un específico proyecto, que luego deviene Estado. En política lo primero es la idea. Ahora, claro, las ideas no nacen así de la nada, sin basamento. Con la victoria de octubre, esto se ha consolidado. No cabe duda que se ha consolidado el ideario fundamental del Estado plurinacional: igualdad de pueblos indígenas, gobierno de movimientos sociales, liderazgo indígena, economía estatal predominante, internacionalismo, latinoamericanismo. La batalla principal se ha logrado, por un periodo, porque esto nunca está definido, la batalla de las ideas no se define ni tiene tiempo de duración ni de consolidación obligatoria, puede derrumbarse a cada día. Pero se ha logrado la consolidación de un imaginario y de un sentido común de largo aliento. ¿De cuán largo aliento será? Va depender de la emergencia de las contra tendencias, de los nuevos imaginarios, más conservadores o más radicales, y de nuestra propia capacidad de reinventarnos.

Estas elecciones han mostrado una capacidad de reinención del proceso de cambio. Comenzamos con gobierno indígena y nacionalización, la primera elección. La segunda, Estado plurinacional. La tercera, industrialización, ampliación de la democratización. En cada una partes de un punto y marcas un horizonte. Y a medida que vas llegando a ese horizonte, lo reafirmas y trazas un nuevo horizonte. Entonces es una dinámica muy viva, si no lo haces te fosilizas, y ese es el momento en que emergen las contrapropuestas, que pueden ser más radicales pero por lo general son más conservadoras.

Pero este es solamente el terreno fértil para el verdadero trabajo fundamental: el poder económico de la sociedad. Ahí nos jugamos la continuidad. En esta victoria ideológica-cultural tiene que haber una victoria económica que le dé base material y permita proyectar más duraderamente esa victoria ideológica y cultural. Y eso es lo comunitario, el poder de la sociedad. ¿Cómo convertimos el poder económico del Estado en poder social, o en poder económico de la sociedad, de las organizaciones sociales, de los sindicatos obreros? Ahí nos lo vamos a jugar.

¿En ese eje económico radican entonces los desafíos fundamentales ahora?

Sí. No es solamente cómo hacemos para pasar de 12 mil millones de dólares que hemos exportado, a 24 mil millones, sino cómo hacemos que esas exportaciones sean una parte del Estado y otra parte de las comunidades asociadas, de las minas nacionalizadas. Cómo hacemos para que el pequeño productor, la pequeña comunidad, la micro empresa, las empresas asociativas se potencien y se amplíen, sean poder económico y no simplemente una experiencia minúscula.

El empresariado va a seguir creciendo, tiene que seguir creciendo. El Estado está ahí para regular ese crecimiento. Pero el Estado se juega su proyecto no en que la empresa privada crezca mucho, ni en que el Estado crezca mucho, se juega su proyecto en que las comunidades, las minas nacionalizadas, las empresas estatizadas, la pequeña producción controlada por trabajadores se expanda, se potencie. Y si el privado, digamos, representa el 15% del PIB, que las empresas asociativas sean el 20% o el 25% del PIB. Si se quedan en el 5% estamos mal, estamos muy mal. Entonces se trata de hacer que, a futuro, la economía social se potencie. Si esto se hace de aquí a 5 o 10 años, tendrás una base material para seguir relanzando tu proyecto.

Si te fijas, es una combinación de dos cosas. En lo económico: satisfacer necesidades, eso dijimos en el foro en Sao Paulo, los proyectos revolucionarios se juegan su destino en la capacidad de consolidar una economía satisfactoria. Si no lo hacen, vamos a entrar en problemas. Y en eso a la vez hay dos planos, puedes potenciar la economía si a la vez refuerzas al Estado y refuerzas al privado. La clave está en reforzar al Estado y reforzar al privado que forma parte todavía de tu escenario de fuerzas económicas, pero nunca al privado más que al Estado. Si el privado va más allá que el Estado, perdiste el control. Son tres partes, es el Estado, el privado y la economía social, y ésta con más expansión. Si ello sucede, tenemos un proyecto que está creando una base material de muy largo aliento.

En esta triangulación tanto la economía social, como la economía privada y la economía estatal satisfacen necesidades básicas. Si no eres capaz de entregar satisfacciones básicas, el privado de se va presentar como alternativa, y estás perdido. Pero no satisfaces necesidades básicas solamente así por así, satisfaces necesidades básicas ecualizando el Estado, el privado y la economía social. Siempre ecualizando, siempre con los tonos que corresponde y con los ritmos que tú deseas. Pero necesitas la economía privada. Si no, si crees poder sostener tu economía con la estatal y la social, no lo vas a poder hacer, eso es falso, es mentira, no estamos todavía en condiciones para eso.

EL MAR

No puedo terminar la entrevista sin atender el problema del mar. Dado el tenor de la entrevista, le pido que se refiera a él pensando principalmente en los jóvenes chilenos, en aquellos que engrosan los movimientos sociales, ¿cuál es ese horizonte de sentido que tiene para el pueblo y para el gobierno boliviano la salida soberana al mar?

En primer lugar es un tema de justicia. Un país que tenía mar, de un día para otro le quitan su mar. Es como un joven que vive en una casa, con su mamá y con su papá, una pequeña casa, sencilla, con dos dormitorios, su living, su comedor y de un día para otro viene alguien y le pega un puñete a su mamá, a su papá, pateando al niño y lo bota a un cuarto y le dice, a partir de ahora la cocina y el comedor me pertenecen y usted va a vivir en estos dos cuartos, acomódese como pueda y si no tiene baño es su problema, constrúyase su propio baño. ¿Cómo se sentiría alguien? Fue así. No fue un hecho natural.

No es por una deuda, no es porque lo vendió, sino porque vino alguien y le dice “o aceptas que te he quitado tu living y tu comedor o te voy a quitar también tu cuarto”. ¿Qué haces? Lo toleras, porque no tienes fuerza. El otro tiene 10 matones, tiene palos. Y tú ves a mamá que trabaja 24 horas, muy flaquita y dos niños que no saben lo que está pasando.

Eso nunca está cerrado. Lo grafico con el espacio de una pequeña casa de familia tradicional, popular o media, para mostrar cómo nos sentimos los bolivianos. No, no aceptamos que así debe ser la vida, vivimos esto como una injusticia y la recordamos como una injusticia, la recordamos como un abuso y buscamos que en algún momento la persona que abusó reconsidere su abuso. No para irse, porque ya se quedó ahí, si no para compartir algo, no sé, la sala de estar. Porque la familia ha crecido y seguimos en dos cuartos. La otra familia también creció y ha usado el living, y ya usó la cocina, en fin. Entonces, compartamos la entrada de la puerta hacia la calle como algo común, una salidita compartida de la puerta hacia la calle, porque ahora tenemos que salir por la ventana, ¿por qué no por la puerta?

Eso va a ser así, es un hecho de justicia ante una injusticia histórica. No es regresar a 1870, no, es reparar una injusticia.

Pero puesto también en perspectiva histórica, es el entendimiento de que esa salida por la puerta para Bolivia, también va a beneficiar a la otra familia. También va a beneficiar a Chile. Porque estamos en un escenario, a diferencia de lo que sucedía en 1800, en que si no nos juntamos, si no comunitarizamos las potencias, las riquezas y las capacidades de nuestras naciones y nuestros Estados, no tenemos ninguna oportunidad en el mundo. Ningún país latinoamericano, ni aún Brasil, que es una mega potencia, cuenta en el mundo por sí solo.

En los siglos XIX y XX éramos una comunidad de Estados nacionales, en torno al cual se organizó la economía. En el siglo XXI ya no hay una comunidad de Estados nacionales en torno a los cuales se rige la economía, el siglo XXI es un sistema dual de estructuras planetarias al modo del imperio del que habla Negri, que no tienen territorialidad fija, solo se trata de institucionalidades, de normas, de procedimientos y de poderes de carácter planetario, mercados financieros, justicia internacional, economía transnacionalizada; y por otro lado un sistema de estructuras continentales, ya no nacionales, que definen e influyen en el curso del resto de los continentes y en el curso de estas instituciones-nube que se mueven por encima de los Estados. En este escenario, Chile solo no cuenta, por supuesto Bolivia menos, no somos nada.

El Estado chileno y el pueblo chileno tienen que asumir que solos son irrelevantes en el mundo. Si se paralizara la economía de Bolivia o Chile el mundo no se detiene, es más, algunos países aplaudirían porque aprovecharían los mercados que hemos dejado abiertos, en el caso del cobre ustedes, en el caso del gas

nosotros. Que nos pasara algo a nosotros como sociedad, sería irrelevante para el mundo. Entender nuestra insignificancia es muy importante. Ya no es el siglo XIX, donde cada Estado-nación importaba, era un sujeto de derecho y era un sujeto de acción en el contexto del resto de los Estados nacionales. Hoy no lo es. Hoy quienes importan en el mundo son los continentes, o los Estados continentales. Estados Unidos es un Estado continental, China es un Estado continental, Europa es un Estado continental. Son los que cuentan, son los que de alguna manera logran asumir el timón de esta vorágine desatada por esa nube de poderes que se mueve sin territorio fijo en el mundo entero. Son los Estados continentales los que logran tener cierto comando de las decisiones. Cada país por sí mismo, nada.

Entonces debemos sacar de nuestra cabeza el chip de la lógica del siglo XIX, con los Estados nacionales, las acciones individuales, cada país mirando al mundo de espaldas al resto de sus compañeros de al lado. Chile mirando al mundo de espaldas al continente no tiene futuro. Chile es insignificante en el mundo, como lo es Bolivia, como lo es Perú, como lo es Ecuador. Somos insignificantes. Chile vende al mundo cobre y verduras, si dejara de vender eso, hay otros países en el mundo, como Perú, que pueden vender cobre, Bolivia puede vender cobre también, o Singapur. ¡Ah!, pero si sumo el cobre de Chile, con el trigo de Argentina, con el gas de Bolivia, con el petróleo de Venezuela, con el petróleo de Ecuador, con la agricultura de Brasil, con su industria automotriz, ¡ahí ya tenemos una economía que curva la geometría espacio-temporal del planeta! El continente sí ejerce una fuerza de gravitación en la estructura planetaria.

Este mirarnos como continente y no como país, esta mirada al mundo no a partir de mi país, sino a partir del resto de los que me rodean, es lo que falta. Nos falta a todos, en particular al Estado chileno y en parte al pueblo chileno. Ya es el siglo XXI, pero están mirando el siglo XXI con la cartografía del siglo XIX, y eso no tiene futuro. Si nos miramos como continente eso lleva a una conclusión fácil. Chile necesita a Bolivia. Bolivia necesita a Chile. Chile necesita al Perú. Perú necesita a Bolivia, Bolivia necesita a Brasil, Brasil necesita a Chile y al Perú. Y ambos necesitamos a la Argentina.

Tenemos que comenzar respetando las culturas locales, los Estados nacionales locales, y pensar en instituciones de carácter continental, en decisiones de carácter continental, en iniciativas de carácter continental, para influir en el curso del mundo y en el curso de nuestros propios países. Y eso obligatoriamente pasa, pues, por la resolución del tema marítimo.

Tantas cosas podríamos hacer entre Chile y Bolivia, tantas complementariedades podríamos hacer entre Chile y Bolivia resolviendo este tema. Tantos sacrificios innecesarios para Bolivia, tantos sacrificios innecesarios para Chile por temas que, sin afectar la estructura territorial chilena, brindando un pequeño espacio soberano a Bolivia, se resolverían abriendo un conjunto de vínculos intensos, mutuamente satisfactorios con Chile.

Hay varios prejuicios en la mirada todavía de Chile, del Estado y de sus gentes. Esta mirada del siglo XIX en un contexto del siglo XXI, donde cada país ya no tiene significancia alguna, es uno de sus prejuicios. Hay otros prejuicios, que los que vivimos aquí en el altiplano, en Bolivia, en las alturas, estamos al margen de la modernidad y de las fuerzas del progreso contemporáneo. Es la mirada que se tiene de Bolivia. Un país ahí en las alturas, confuso, conflictivo, de indios, atrasado. Ese es un segundo prejuicio.

Pero este país de indios, este país complicado, está asumiendo de una manera acelerada su propio modo de mirar y su propia manera de construir su progreso, y que en el contexto de la América Latina del siglo XXI no va a ser nada despreciable en términos de influencia y de capacidad de económica. Nos sentimos orgullosos de nuestra indianidad, lo que estamos demostrando es que a partir de nuestra indianidad somos capaces de construir un tipo de desarrollo satisfactorio. No nos hemos estancado ni nos vamos a estancar.

A nivel de la economía, en ocho años hemos reducido la distancia con Chile de 1 a 14 a 1 a 8. Y en los siguientes 10 años esa diferencia se va reducir de 1 a 2. Es nuestra propia modernidad, con nuestra propia complejidad. El siglo XXI va a estar marcado por un despertar de estos pueblos, anteriormente calificados de conflictivos, atrasados, premodernos. Y estamos dando una sorpresa. Y somos los hermanos y vecinos de Chile, ¡estamos al lado! ¿Cómo no nos va a tomar en cuenta Chile como hermanos? Nosotros necesitamos a Chile. Pero acuérdate, Chile cada vez va necesitar más a Bolivia, aunque no lo crean ahorita. Entonces, ¿cómo no convertir esa mutua necesidad en una fuerza creadora de bienestar común, en vez de una fuerza de confrontación y de resentimiento permanente? Las nuevas generaciones en Chile tienen que ver de una manera menos prejuiciosa el futuro.

Eso reivindicaría frente a los compañeros de Chile, una mirada de justicia, pero también una mirada de necesidad. La Bolivia que se está construyendo es otra, pónganle más atención. No es la Bolivia de postal, de la llamita con el indiecito con su poncho. A esa Bolivia la miraban con cierta conmiseración y distancia. Esta Bolivia sigue teniendo el mismo rostro, el mismo color cobrizo. ¡Ah!, pero tiene su llamita, tiene su satélite, tiene su gas, tiene su economía, tiene su vínculo con el mundo, tiene su crecimiento, tiene sus ingresos, tiene su propia modernidad. Y es una modernidad que quiere crecer al lado, vinculada, hermanada con la modernidad de los chilenos, en complementaridad con esa modernidad. No distanciada.

Chile no puede seguir imaginando su desarrollo de espaldas al continente. Mirando a Europa o Asia y dando la espalda al continente, porque no es nada para Asia, no es nada para Europa, ¡pero para América Latina sí! Bolivia peor, es menos que nada. Pero Bolivia y Chile y Perú y Argentina y Brasil y Ecuador y Venezuela, sí, ya tenemos con qué influenciar.

Y también es necesario un recuento de Chile con lo que es. Allí también hay rostros cobrizos, pero no se los ve en la tele, no se ve en los parlamentos, no se ve en las telenovelas. Es un Chile real, es un Chile mayoritario. Y más pronto que tarde ese Chile más cobrizo, tan parecido al nuestro de acá, va a despertar. Sí, Chile no es tan rubio ni tan blanco. Tiene eso, pero también tiene su parte cobriza, silenciosa, esforzada, sencilla y humilde, que en algún rato hablará.

Está empezando a hablar.

Eso confío, eso espero, eso es lo que va a construir otro Chile, más cercanos a nosotros y nosotros más cercanos a ellos.

Muchas gracias por la entrevista.

Muy bien hermano.